



Stuart Palmer
**LA ÚNICA
QUE SOBREVIVIÓ**



LAS NOVELAS DE LA PALMA

6

PESETAS

Nadie salió nunca del «racket» más que del modo como lo hizo Kid Vanilla, *con los pies hacia adelante*.

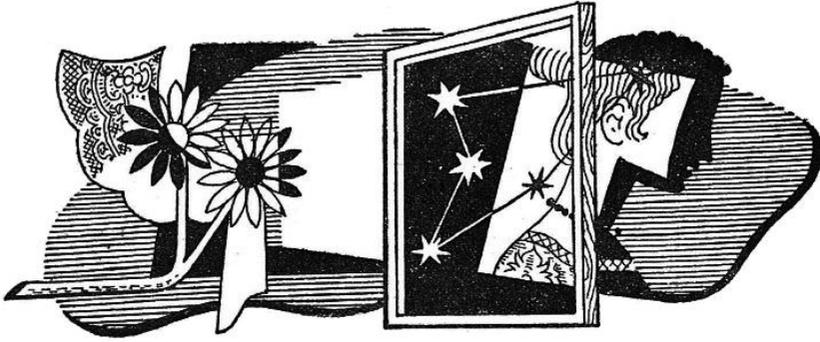
La vida del gángster es efímera. Las ametralladoras interpretan la obertura y la Muerte dirige la orquesta.

Burbujas Deegan, como tantas otras muchachas, se dejó seducir por la fascinación de una vida de aventuras sin cuento, una existencia fastuosa y erizada de peligros. Varias veces la Parca rozó su cuello con la afilada hoja de su guadaña, hasta que un día...

Burbujas Deegan es una de las pocas «gun-molls» que ha vivido lo suficiente para contar su historia y aquí la tenéis. Tal vez no aprobéis su modo de vivir, pero no tendréis más remedio que admirar su lealtad, su bravura y su estricta adhesión a los preceptos de un código que era el de los suyos.

«La única que sobrevivió» os proporcionará unas horas de aventuras escalofrantes, poniéndoos en estrecho contacto con esa raza especial de hombres que viven al margen de la ley: los «racketeers» y «gunmen», que nosotros conocemos bajo el apelativo genérico de «gángsters».





AL LECTOR

Nadie salió nunca del «racket» más que del modo como lo hizo Kid Vanilla, *con los pies hacia adelante*.

La vida del gángster es efímera. Las ametralladoras interpretan la obertura y la Muerte dirige la orquesta.

Burbujas Deegan, como tantas otras muchachas, se dejó seducir por la fascinación de una vida de aventuras sin cuento, una existencia fastuosa y erizada de peligros. Varias veces la Parca rozó su cuello con la afilada hoja de su guadaña, hasta que un día...

Burbujas Deegan es una de las pocas «gun-molls» que ha vivido lo suficiente para contar su historia y aquí la tenéis. Tal vez no aprobéis su modo de vivir, pero no tendréis más remedio que admirar su lealtad, su bravura y su estricta adhesión a los preceptos de un código que era el de los suyos.

«La única que sobrevivió» os proporcionará unas horas de aventuras escalofriantes, poniéndoos en estrecho contacto con esa raza especial de hombres que viven al margen de la ley: los «racketeers» y «gunmen», que nosotros conocemos bajo el apelativo genérico de «gángsters».

CAPITULO PRIMERO

–¡Es mi hombre! Tra, la, la, la, la... ¡Es mi hombre! –tararé orgullosamente mientras me pintaba los labios frente al espejo del lavabo de señoras.

De repente noté que las largas uñas de Mimí se incrustaban en mi hombro derecho y la oí exclamar con voz ronca:

–¡Óyeme, mocosa! Ese tipo no es para ti... ¿Entiendes? Estás jugando con fuego... En primer lugar ese hombre no es lo que tú crees. Es un gángster. Además...

Volví la cabeza. Mimí estaba masticando furiosamente su «spearmint» y sus enormes pupilas de un precioso color violeta se habían contraído hasta adquirir el tamaño de cabezas de alfiler. Era casi un pie más alta que yo, pero no me dejé achicar y acerqué mi rostro al cuyo.

–¿Por qué has de meterte siempre en lo que no te importa, juagarza?

Al mismo tiempo alcé la mano y le di una bofetada con todas mis fuerzas. Antes de que ella pudiera replicar a mi agresión salí apresuradamente a la pista de baile y continué dando vueltas con la misma pareja que había abandonado poco antes. En los brazos de aquel hombre parecía que danzaba por encima de las nubes.

Olvidé que estaba arrugando lastimosamente los tickets amarillos que Johnny me había dado. Olvidé que no era más que una de tantas «taxi-girls», obligada a bailar con quienquiera que se le antojara hasta que se le agotaran los tickets. Era mi primera semana de «trabajo» y ni siquiera me daba cuenta de que aquello fuese un trabajo.

Johnny era tan alto, tan fuerte... Y tenía un cabello tan rizado tan negro...

Me importaba un comino su profesión. Después de los cernícalos que me habían estado destrozando los pies a pisotones durante toda la tarde, Johnny era un ensueño de pareja.

–Todavía no me has dicho cómo te llamas, chata –murmuró Johnny– y me gustaría saberlo.

Le contesté que me llamaba Elsie Deegan y él susurró:

–Elsie no es un nombre adecuado para una chica como tú. Te llamaré «Burbujas». ¿Quieres ser mi novia?

–No digas tonterías –respondí.

Pero interiormente me sentía en la gloria. Era como una película. Una semana antes no era más que una mocueta de dieciséis años, condenada a reclusión perpetua en la escuela superior, a menos que alguien prendiese fuego al edificio. Ahora me había convertido en una verdadera dama con un precioso traje de noche y tenía a mi lado a un hombre de verdad que deseaba que fuese su novia.

Y todo porque mi padre se había marchado de casa y yo no había podido continuar mis estudios, viéndome obligada a buscar trabajo.

¡Qué contenta estaba de haber elegido *Dreamland*, en vez de solicitar un empleo como taquimeca en una oficina o como obrera en cualquier fábrica, donde no habría ningún chico que valiera la pena!

Al cabo de un rato, Johnny se paró en seco, pero no me soltó la mano.

–¿Estás cansada, *Burbujas*? –me preguntó.

Contesté afirmativamente. No había perdido un solo baile y todavía faltaban dos horas para cerrar.

–Vámonos y tomaremos un pisolabis por ahí –propuso.

–Lo siento, Johnny, pero no puedo... Dos horas significan cinco dólares en tickets y Beefy Smith, el gerente, no me lo permitiría... Tengo que ganarme la vida...

–Eres una novata –masculló Johnny–. Ese problema tiene fácil solución... ¡Mira!

Sacó un fajo de billetes tan grande como mi puño, separó uno de cinco dólares y adquirió el derecho a que le dedicara exclusivamente el resto de la noche.

–En cualquier parte estaremos mejor que dando vueltas y más vueltas aquí entre toda este serie de cernícalos.

Antes de darme cuenta de su propósito bajaba con él la escalera...

–¡Un momento, Johnny! –exclamé–. Quiero saber a dónde me llevas.

–Ya te enterarás –respondió él, guiñando un ojo.

En la puerta nos reunimos con varias parejas que nos estaban esperando. Subimos a un taxi con gran algazara y poco más tarde el vehículo se detuvo junto a la acera y todos nos apeamos.

El ascensor nos transportó al cuarto piso.

Las dos habitaciones de que se componía estaban llenas de gente; por lo menos así me lo pareció. Johnny me dió a beber algo antes de que me quitara el abrigo. Hacía calor allí y la bebida me gustaba. Comenzamos a bailar, al compás de una desenfundada música que transmitía la radio desde una *boîte* de moda.

–Tendrás que avisarme cuando den las doce –advertí a Johnny– ya que no tienes derecho a que esté a tu lado más que hasta esa hora y he de volver a casa... Si no lo hiciera, mamá se intranquilizaría.

Él me prometió que lo haría así y poco más tarde empezaron a desfilar nuestros amigos, anunciando que iban a continuar la jugra en Harlem. Sólo quedamos Johnny, yo y otras tres parejas. Recuerdo que uno de los íntimos de Johnny era un individuo de pequeña estatura, pero muy chistoso, que se llamaba Eddie y que estuvo tomándome el pelo hasta que Johnny se enfadó y le mandó a paseo. Sin embargo, a mí no me molestó que me llamara cosas tan poco graciosas como «la doncella de los cuatro

minutos». Nada me molestaba mientras estuviese bailando con Johnny.

En uno de los bailes le llevé a un rincón y le pregunté en voz baja:

–Quiero saber dos cosas, Johnny... En primer lugar, qué es un gángster... Y luego, qué hora es.

Johnny me miró a los ojos y rompió a reír.

–Un gángster, *Burbujas* –contestó– es el que vive dando a los demás clases de cultura física... Así.

Levantó ambos brazos por encima de la cabeza, como si hiciera ejercicios gimnásticos.

La respuesta me devolvió la tranquilidad.

–¿Y la otra pregunta?

Él consultó su reloj de pulsera y replicó:

–Son las once.

Me pareció que mentía, pero no pude comprobarlo hasta poco más tarde, cuando le cogí el brazo inesperadamente y miré la esfera del cronómetro. Era bastante más de media noche.

–Tengo que marcharme a casa –anuncié.

Johnny se echó a reír.

–No puedes irte todavía, *Burbujas*. Tienes que continuar bailando conmigo. Somos jóvenes y debemos aprovechar las pocas ocasiones que la vida nos brinda de ser felices... ¿Te atreverías a estropear esta noche tan maravillosa dejándome plantado?

–Tengo que marcharme a casa –insistí.

–¿Por qué quieres irte tan pronto, amor mío? –susurró a mi oído.

–Me gustas mucho, Johnny –respondí–, pero he de volver a casa inmediatamente.

Mi respuesta fué maquinal. Ni siquiera pude entender lo que él me estaba diciendo. Mi única idea era regresar a casa cuanto antes.

Me puse rápidamente el abrigo y Johnny no tuvo más remedio que coger su sombrero.

–Te acompañaré –dijo.

Y los otros estallaron en carcajadas, como si se tratara de una cosa graciosísima.

En el primer tramo de la escalera, Johnny, que me llevaba cogida del brazo, me soltó repentinamente y se quedó tieso como una estatua. Mimí, con las pupilas llameantes de cólera, se hallaba ante nosotros.

–Ya sabía que te encontraría aquí, sabandija –gritó, dirigiéndose a mí–. Traías de quitarme a mi hombre, ¿oh? Ahora te voy a enseñar a traicionar a una compañera...

Miré a Johnny, que se mantenía callado y quieto. Pronto comprendí el motivo. Mimí acababa de sacar algo de su bolso y este algo no era la polvera ni el lápiz de los labios, sino un revólver.

El alcohol y la indignación borraron de mi mente cualquier vestigio de prudencia y me lancé sobre Mimí antes de que apretara el gatillo.

¡Bum!

Sonó un disparo ensordecedor, como si un cañón hubiese reventado junto a mi oído y tuve la sensación de que me hundía en un abismo negro y sin fondo.

* * *

Me desperté con un violento dolor de cabeza y me encontré en un coche en unión de otras personas. Mimí no estaba con nosotros.

Johnny me sostenía en sus brazos y Eddie y otro muchacho miraban hacia atrás.

–¿Adónde vamos? –pregunté.

Y sin esperar respuesta, añadí:

–No quiero ir a tu casa. Quiero volver a la mía.

–No digas tonterías, nena. Ya no puedes volver a tu casa. Tienes que esconderte.

–¿Esconderme? ¿Por qué?

–Para que no te encuentre la policía... Si te echaran mano te llevarían a la sombra para una larga temporada.

–¿Por qué? –balbucí.

–Por asesinato:

Quedé petrificada. Los vapores que nublaban mi cerebro se habían desvanecido y comenzaba a comprender.

–Yo no he matado a nadie –tartamudeé.

–Lo sé –contestó Johnny–. Pero Mimí apretó el gatillo un instante después de haberte lanzado sobre ella... Fué una suerte que escaparas sin más herida que el chichón que te hiciste en el coco al aterrizar sobre el último escalón. Mimí recibió un balazo en uno de sus preciosos ojos... Ahora comprenderás por qué no puedes volver a tu casa.

Los otros intervinieron entonces.

–Todos sabemos que eres inocente, *Burbujas*, pero la poli no creería la verdad aunque lo jurásemos de rodillas. Vale más que te quedes con nosotros, a menos que prefieras que te enchiqueren. En el mejor de los casos te llevarían a un reformatorio para mujeres, donde te pasarías el resto de la vida fregando suelos.

–Yo me cuidaré de ti, *Burbujas* –dijo Johnny–. Puesto que fui quien te metió en este berenjenal, estoy obligado a sacarte de él. Te esconderé en mi casa y tengo la seguridad de que a ninguno de esos malditos sabuesos se le ocurrirá ir a buscarte allí. ¿Eh, Eddie?

–Es el último lugar sobre la tierra adonde irían a cazarla –replicó el interpelado–. Nosotros nos encargaremos de poner a tu familia en antecedentes de lo ocurrido... O tal vez sea mejor que escribas una nota a tu madre para que no crea que te han secuestrado.

Poco más tarde llegábamos al domicilio de Johnny, un piso con tres habitaciones en la parte oriental del Bronx, con ascensor y todo.

Antes de que se marchara Eddie, le entregué una nota para mi madre que escribí al dictado de Johnny, en la que

le decía que no se preocupara por mí.

Cuando quedé sola en el piso con Johnny, éste me miró a los ojos y murmuró:

–Necesitas beber algo, *Burbujas*... Estás muy pálida.

Asentí y me eché al colete el primer vaso de whisky que probaba en mi vida, bebiéndolo como si fuese agua... Agua que se cerraba sobre mi cabeza.

* * *

A la mañana siguiente, me levanté dispuesta a confeccionar el desayuno, pero en el piso de Johnny no había cocina. No logré encontrar más que un mueble-bar con varias botellas de ginebra y cerveza de jengibre. Y aquella mañana yo no sentía el menor deseo de probar el alcohol.

Johnny abrió los ojos cuando yo entraba de nuevo en el dormitorio. En su rostro apareció una expresión de terror y le vi hundir la mano bajo la almohada. Luego exhaló un suspiro de alivio al reconocermé y exclamó:

–¡Buenos días, *Burbujas*!

Contesté a su salutación y hasta le dirigí una sonrisa, aunque interiormente no me llegaba la camisa al cuerpo.

–Johnny –dije–, tenemos que buscar otro piso inmediatamente y dejar éste.

–¿Por qué? –inquirió.

–Porque aquí no hay cocina y quiero ser yo misma quien haga las comidas cuando estemos casados.

–¿Casados? ¡Ah, sí! Naturalmente. Ya arreglaremos eso –agregó después de una pausa–, pero no tan pronto como tú quieres... Ni podemos mudarnos por ahora ni me es posible gestionar las licencias para el matrimonio, ya que ambas cosas servirían de pista a la policía para dar contigo... Pero cuando se olviden de ti, nena, nos casaremos... ¿Estás contenta?

Me sentí feliz, segura y protegida, pero me estremecí al pensar en mi madre, en los policías que en aquel momen-

to estarían practicando un registro en mi casa y en las noticias que sobre el caso llevarían los periódicos.

Johnny pidió por teléfono nuestro desayuno al restaurante de la esquina. Luego se volvió a mí y me dijo que así tendríamos que alimentarnos hasta que la poli desistiera de capturarme.

Permaneció junto a mí durante todo el día, haciendo todo lo posible por alejar de mi mente toda clase de preocupaciones. Sus cariñosas palabras y dos vasos de whisky me entonaron bastante.

No poseía más vestido que el traje de noche que me había comprado el gerente de «Dreamland» para pagar con mi sueldo. Asimismo carecía de los más simples y necesarios útiles de tocador, tales como lima de uñas, cepillos, etc.

Se lo hice constar a Johnny y éste me contestó que podía considerarme afortunada por haber dado con él en una de las raras ocasiones en que estaba «en fondos». Me preguntó los números que usaba y al atardecer salió, regresando dos horas más tarde cargado con un montón de paquetes. El contenido de éstos me entusiasmó tanto, que no se me ocurrió preguntarle si había traído el periódico hasta después que hubimos terminado de cenar.

—Lo compré, pero lo tiré a la basura —contestóme, cogiéndome una mano—. No quería que leyeras las atrocidades que cuentan sobre ti. Es mucho peor de lo que había imaginado. El periodista encargado de informar sobre el caso, asegura que disparaste contra Mimí a sangre fría y que el móvil del crimen fué una disputa que tuviste con ella en «Dreamland». A continuación decía que la policía confiaba en detenerte antes de veinticuatro horas.

—Me alegro de no haber leído toda esa sarta de mentiras —repliqué, estremeciéndome de náuseas y de temor.

Las cosas continuaron así por espacio de una semana. Éramos tan felices como una pareja de recién casados. Yo zurcía los calcetines y las camisas de Johnny, le pegaba

los botones y me conducía como una verdadera ama de casa. Él jamás volvía de la calle sin llevarme algo, nada caro nunca, desde luego, pero siempre bonito... ¡Sabía ser amable cuando se lo proponía!

Finalmente, llegó la noche en que me sugirió que saliera con él, asegurándome que ya había pasado el peligro de que la policía me reconociera y me detuviera. La idea me aterró y él se echó a reír al ver la expresión de mi rostro.

—No tengas miedo, *Burbujas*. Iremos con varios de mis compañeros y nadie se atreverá a meterse conmigo. Además, mira lo que llevo aquí.

Al decir esto, me mostró una pistola que llevaba en una funda bajo la axila izquierda.

Accedí y fuimos al «Globo Café», que no era más que un minúsculo club nocturno. Casi todos los amigos de Johnny estaban allí acompañados de sus amigas.

Eddie me preguntó al verme:

—¿Cómo está la princesita que rescatamos de las garras sangrientas del dragón policíaco?

—Mejor de lo que tú estarás como tardes en cerrar la boca —replicó Johnny amenazadoramente.

Iniciamos el baile, en el que se dió la extraña circunstancia de que no estaba permitido cambiar de pareja; es decir, que cada hombre estaba obligado a bailar siempre con la misma muchacha.

En la mesa, una de las chicas, precisamente la que acompañaba a Eddie, me miró de pies a cabeza, y comentó:

—¡Caramba, pequeña! ¡Qué traje más bonito llevas! Tu viste suerte de que Johnny diera un buen golpe la víspera de vuestro encuentro. Por lo visto se ha gastado todo el botín en adornarte.

Uno de los que estaban sentados junto a ella la cogió de un brazo violentamente diciéndole algo en voz baja. Eddie estalló en carcajadas.

Ahora sabía lo que era un gángster y me daba cuenta de muchas cosas que antes no comprendía, tales como el hecho de que Johnny no hiciera nada durante todo el día y su hábito de tener la pistola debajo de la cabecera.

Pero no me importaba que Johnny fuese un pistolero. Se había portado bien conmigo y me había sacado de un gran apuro.

La amiga de Eddie no se resignó a mantenerse callada. Probablemente estaba enfurecida porque mi traje de noche era mucho más descotado que el suyo y ponía al descubierto cosas más atractivas que las que ella podía exhibir. El caso es que cuando Johnny y yo regresábamos a la mesa después de dar unas vueltas por la pista de baile, ella se encaró con mi amigo y le preguntó:

—¿Hace mucho que no has visto a Mimí? Es extraño que la hayas olvidado tan pronto, chico. Antes no te separabas de ella.

Johnny hizo un guiño a Eddie y gruñó:

—Llévatela en seguida de aquí. El whisky se le ha subido a la azotea y le está dando demasiado a la lengua.

—Estoy diciendo la verdad —replicó ella con voz estro-pajosa—. Seremos muy amigas, *Burbujas...*, Debes saber que hubo un tiempo en que Johnny estuvo encaprichado de mí. Luego me sucedió Mimí y ahora te ha tocado a ti... Pero no te confíes. Es posible que antes de un mes Mimí o yo volvamos a ser sus favoritas... ¡Es tan caprichoso! ¡Bestia!

El último epíteto iba dirigido a Eddie, que la había cogido de un brazo y la llevó casi a rastras al otro extremo de la sala.

—Volvamos a casa —propuse a Johnny.

Después de discutir durante algunos minutos, él accedió a mis deseos y emprendimos el regreso.

—¿Por qué no me dijiste que Mimí y esa charlatana borracha habían sido tus amigas antes que yo? —pregunté durante el trayecto.